

La tasa Tobin

NATIVEL PRECIADO

PÚBLICO, 23 Ene 2009

Lo mejor de la crisis financiera es que permite discutir sobre causas que se daban por perdidas. Hace unos días vi a un prestigioso economista en un informativo de televisión que hablaba con todo desparpajo de la tasa Tobin como posible solución para reducir las desigualdades económicas. Años atrás, los ultraliberales se reían de quienes mencionábamos la tasa Tobin, porque la consideraban una idea obsoleta, la ocurrencia disparatada de una especie de dinosaurio de la economía en vías de extinción.

Lo cierto es que el supuesto dinosaurio James Tobin, Nobel de Economía en 1972, propuso gravar con un impuesto especial, tan sólo del 0,1%, las transacciones sobre los mercados de cambios. La aplicación, según los expertos, no tenía dificultades técnicas, sería muy útil para estabilizar los mercados y, sobre todo, con esos millones de ingresos anuales se podría erradicar la pobreza extrema que existe en el planeta. Una idea que los neocon, a pesar del estrepitoso fracaso del libre mercado sin controles, consideran ridícula, rancia y estrafalaria. Nunca han dado argumentos convincentes.

Seguro que la idea admite aportaciones novedosas para que pueda aplicarse en estos tiempos. El debate no tiene vuelta atrás. Porque la crisis y el desempleo del mundo industrializado no debe ocultar el drama latente de la inmigración; de los millones de desplazados víctimas de la sequía y de la hambruna, que un día abandonarán su dócil pasividad y actuarán a la desesperada. En ese instante nadie dudará de la estrecha

relación que existe entre el descontento y la pobreza extrema. Antes de que suceda habrá que encontrar un nuevo modelo de consumo y producción. De todos modos, se ha producido un gran avance y es que las antiguas causas perdidas ahora, al menos, son discutibles.